

Febrero de 1933

El invierno de la literatura

Febrero de 1933

El invierno de la literatura

Uwe Wittstock

Traducción de **Berta Vias Mahou**



Título: *Febrero de 1933. El invierno de la literatura*

Título original: *Februar 33. Der Winter der Literatur*

© Uwe Wittstock, 2021

© Verlag C.H.Beck oHG, München, 2021

© De la traducción del alemán y de las notas:
Berta Vias Mahou, 2025

La traducción de este libro ha sido posible gracias
a una ayuda del Goethe-Institut



© De esta edición: Ladera Norte, 2025

Primera edición: mayo de 2025

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

© Detalle fotográfico de cubierta creado con IA

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte.

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-1290-217-4

Depósito Legal: M-10286-2025

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Índice

Febrero de 1933. El invierno de la literatura.....	7
Al borde del precipicio. El mes en el que todo se decidió.....	11
El último baile de la República. <i>Sábado 28 de enero</i>	15
Gobierna el infierno. <i>Lunes 30 de enero</i>	35
Hachas en la puerta. <i>Martes 31 de enero</i>	60
Chapuzas de sangre extranjera. <i>Jueves 2 de febrero</i>	66
La lengua cosida. <i>Viernes 3 de febrero</i>	69
No sé qué hacer. <i>Sábado 4 de febrero</i>	75
Entierro bajo la lluvia. <i>Domingo 5 de febrero</i>	80
Reunión rutinaria. <i>Lunes 6 de febrero</i>	85
Pequeñas criaturas, feas y violentas. <i>Viernes 10 de febrero</i>	95
<i>Schutzstaffel</i> para escritores. <i>Domingo 12 de febrero</i>	102
Hombres de negro. <i>Lunes 13 de febrero</i>	108
Fiebre y huida. <i>Martes 14 de febrero</i>	111
Dar un portazo. <i>Miércoles 15 de febrero</i>	116
La pequeña maestra. <i>Jueves 16 de febrero</i>	132
Me voy. Me quedo. <i>Viernes 17 de febrero</i>	136
Ningún tesoro en el lago de plata. <i>Sábado 18 de febrero</i>	145
¿Para qué seguir escribiendo? <i>Domingo 19 de febrero</i>	150
¡Pasen por caja! <i>Lunes 20 de febrero</i>	158
Una tapadera bastante buena. <i>Martes 21 de febrero</i>	169
Sobrevivir las próximas semanas. <i>Miércoles 22 de febrero</i>	173
Un ministro entre el público. <i>Viernes 24 de febrero</i>	178
Consejo de guerra civil y protección policial. <i>Sábado 25 de febrero</i> ...	183
Recomendaciones de viaje. <i>Lunes 27 de febrero</i>	189

La dictadura está aquí. <i>Martes 28 de febrero</i>	209
Caído del mundo. <i>Miércoles 1 de marzo</i>	219
La madre falsa. <i>Viernes 3 de marzo</i>	225
No abra. <i>Sábado 4 de marzo</i>	227
Votación. <i>Domingo 5 de marzo</i>	230
La soledad del emigrante. <i>Lunes 6 de marzo</i>	234
Coraje, angustia y fuego. <i>Martes 7 de marzo</i>	237
Nada más que despedidas. <i>Miércoles 8 de marzo</i>	242
Ataques inesperados. <i>Viernes 10 de marzo</i>	244
Últimos días. <i>Sábado 11 de marzo</i>	252
Partidas. <i>Lunes 13 de marzo</i>	255
La visión de este infierno. <i>Miércoles 15 de marzo</i>	264
 Lo que ocurrió después. 33 semblanzas.....	 273
 Epílogo	 281
 Agradecimientos	 285
 Bibliografía	 287

Febrero de 1933

El invierno de la literatura

Uwe Wittstock

*En recuerdo de Gerta Wittstock (1930-2020),
que en febrero de 1933 tenía dos años*

Al borde del precipicio

El mes en el que todo se decidió

Las que ofrecemos aquí no son pequeñas historias de héroes. Son historias de personas a las que sorprendió un peligro extremo. Muchas entre ellas no lo quisieron reconocer, lo subestimaron, reaccionaron con demasiada lentitud. En suma, cometieron errores. Por supuesto, cualquiera que hoy en día hojee los libros de Historia puede decir que fueron unos necios al no darse cuenta en 1933 de lo que Hitler significaba para ellos. Pero ése sería un pensamiento ahistórico. Si la afirmación según la cual los crímenes de Hitler eran inimaginables tiene un sentido, debe aplicarse por encima de todo a sus contemporáneos. No podían imaginar —en el mejor de los casos pudieron intuir— de lo que eran capaces él y su gente. Probablemente forma parte de la esencia de una fractura en la civilización el hecho de que resulte difícil de imaginar.

Ocurrió con una rapidez vertiginosa. Entre la llegada al poder de Hitler y el Decreto de Emergencia para la Protección del Pueblo y del Estado, que suspendió todos los derechos civiles fundamentales, transcurrieron cuatro semanas y dos días. Sólo hizo falta ese mes para transformar un Estado de derecho en una dictadura sin escrúpulos. Los asesinatos en masa comenzaron más tarde. Pero en febrero de 1933 quedó claro a quién afectaría: quién debía temer por su vida y huir y quién dio un paso al frente para hacer carrera al amparo de los criminales. Jamás tantos escritores y tantos artistas han abandonado en tan breve espacio de tiempo su país. También hablaremos aquí de esa oleada de huidas hasta mediados de marzo.

La situación política que hizo posible la subida al poder de Hitler ha sido descrita desde ángulos diferentes por historiadores

de diversas tendencias. Todos los análisis coinciden en unos cuantos factores. La creciente influencia de los partidos extremistas, que dividieron al país. Una propaganda exacerbada, que ahondó cada vez más la brecha y bloqueó cualquier posibilidad de compromiso. La indecisión y la debilidad del centro político. El terror guerracivilista de la derecha y de la izquierda. El odio desenfrenado a los judíos. La miseria de la crisis económica mundial. El ascenso de regímenes nacionalistas en otros países.

Hoy día las circunstancias son distintas, por fortuna. Aunque hay paralelismos en muchos aspectos. La creciente división de la sociedad. La indignación permanente en las redes, que hace que la brecha sea cada vez más profunda. El desconcierto del centro burgués a la hora de frenar el ansia de extremismo. El creciente número de actos terroristas de la derecha y a veces de la izquierda. El aumento del odio a los judíos. Los riesgos para la economía mundial derivados de las crisis financiera y del coronavirus. El ascenso de regímenes nacionalistas en otros países. Tal vez no sea un mal momento para tener presente lo que puede ocurrir con una democracia tras un error político fatal.

En febrero de 1933 no sólo los escritores y los artistas estaban en peligro. Tal vez la situación resultó incluso más amenazadora para otros. La primera víctima mortal de los nazis, la noche misma después de que Hitler jurara su cargo como canciller del Reich, fue el sargento mayor de la Policía prusiana Josef Zauritz, un republicano leal y un sindicalista, como escribió el *Vossische Zeitung*. También aquí hablaremos de su asesinato. Pero tenemos incomparablemente más datos personales de los escritores y de los artistas en febrero de 1933 que de cualquier otro grupo. Sus diarios y cartas han sido recopilados. Sus notas, conservadas en archivos. Sus recuerdos, impresos y examinados por los biógrafos con afán detectivesco.

Sus experiencias son representativas de lo que les ocurrió a quienes intentaron defender el Estado de derecho y la democracia. Muestran lo difícil que resulta darse cuenta de cuándo una vida normal se convierte en una lucha por la supervivencia y

cuándo un momento histórico exige decisiones personales acerca de la propia existencia.

Hay pruebas de todo lo que contamos aquí. Se trata de un relato auténtico, aun cuando se tome algunas libertades de interpretación, sin las cuales no es posible narrar contextos históricos o biográficos. Por supuesto, en este mosaico no se puede reflejar todo lo que entonces les ocurrió a los escritores y a los artistas. Thomas Mann, Else Lasker-Schüler, Bertolt Brecht, Alfred Döblin, Ricarda Huch, George Grosz, Heinrich Mann, Mascha Kaléko, Gabriele Tergit, Gottfried Benn, Klaus y Erika Mann, Harry Graf Kessler, Carl von Ossietzky, Carl Zuckmayer o la Academia de las Artes en Berlín, todos los que aparecen aquí, no son más que ejemplos. Un panorama global resultaría demasiado extenso para cualquier libro.

Alguna carrera que comenzó llena de esperanza no se recuperó jamás de aquel mes. Demasiados escritores enmudecieron y desaparecieron casi sin dejar rastro. Para todos ellos fue un punto de inflexión que cambió sus vidas.

El último baile de la República

Sábado 28 de enero

Hace ya semanas que Berlín está congelado. Poco después de Nochevieja cayó una fuerte helada. Hasta los lagos más grandes, el Wannsee y el Müggelsee, han desaparecido bajo compactas capas de hielo. Y ahora además ha nevado. Carl Zuckmayer está de pie frente al espejo de su ático junto al parque municipal de Schöneberg. Lleva puesto el frac y se endereza la pajarita blanca sobre el cuello de la camisa. La idea de salir hoy de casa vestido de etiqueta no resulta tentadora.

A Zuckmayer no le entusiasman las grandes fiestas. Casi siempre se aburre y se queda el tiempo justo hasta que, sin llamar demasiado la atención, puede desaparecer con amigos en alguna taberna de cocheros. Pero el Baile de la Prensa es el acontecimiento social más importante de la temporada de invierno en Berlín, un escaparate para la gente rica, poderosa y guapa. Sería un error no dejarse ver allí. El baile resultará útil para su reputación de estrella emergente y muy solicitada en el mundo literario.

Zuckmayer se acuerda demasiado bien de la miseria que padeció durante sus primeros años de autor como para dejar pasar una oportunidad semejante. Cuando estaba sin un céntimo, trabajó como gancho, pescando en las calles a los visitantes de Berlín sedientos de aventura después de la hora del cierre para llevarlos a los cafetuchos clandestinos de los patios traseros. En algunos, las chicas estaban medio desnudas y no se andaban con remilgos a la hora de satisfacer los deseos de los clientes. En una ocasión incluso probó suerte como camello en el Tauentzien nocturno, la calle comercial del Berlín oeste, con un par de bolsitas de cocaína en el bolsillo. Pero pronto lo dejó. Es un tipo fuerte y nada asustadizo, pero aquel negocio le resultaba demasiado peligroso.

Eso se acabó desde *La viña alegre*. Tras cuatro dramas muy patéticos y por completo fallidos, que en general fracasaron, se atrevió a abordar su primera obra cómica, una especie de *screwball-comedy*¹ alemana sobre la hija de un viticultor que quiere casarse en la provincia de Rin-Hesse, la tierra natal de Zuckmayer, quien conoce cada detalle del ambiente de los viñadores y de los comerciantes del vino. El conjunto se convirtió en sus manos en una especie de pieza de teatro popular. Cada entonación resultaba afinada. Cada broma daba en el clavo. Al principio, los escenarios berlineses se consideraban demasiado selectos para una comedia tan rural. Pero cuando el Teatro am Schiffbauerdamm² se arriesgó a estrenarla poco antes de las Navidades de 1925, la farsa en apariencia ligera como una pluma de repente mostró sus garras. La mayor parte del público aulló de risa, pero otra pequeña parte lo hizo de rabia por el satírico mordisco con el que Zuckmayer se burlaba de la verborrea populista³ de los obcecados veteranos de guerra y de los miembros de las corporaciones estudiantiles. Su furia contribuyó a que *La viña alegre* se hiciera tanto más famosa y a que el triunfo fuera mucho mayor. Se convirtió en un verdadero éxito de taquilla, tal vez la pieza más representada de los años veinte, que además se llevó a la pantalla.

Ahora, siete años después, tres obras de Zuckmayer figuran en el repertorio de los teatros berlineses: la Freie Volksbühne representa *Schinderhannes*. El Teatro Rose en Friedrichshain, *El capitán de Köpenick*, un éxito sensacional. Y el Teatro Schiller, *Katharina Knie*. Zuckmayer está trabajando para Tobis Film en una película

-
1. Subgénero cinematográfico de la llamada comedia romántica, en el que se satirizaban las historias de amor tradicionales. Fue muy popular en Estados Unidos desde principios de la década de los 30 y hasta finales de los 40 del siglo xx. (*Todas las notas son de la traductora*).
 2. Famoso teatro berlinés situado en la calle Schiffbauerdamm, la orilla derecha del río Spree. Se inauguró en 1892 con una obra teatral en verso de Johann Wolfgang von Goethe, *Ifigenia en Tauride*.
 3. Wittstock emplea con frecuencia el término «*völkisch*», de difícil traducción, pues puede significar «populista», «folclórico», «popular», «racista», «patrio», «nacionalista», etcétera. En general, y aunque en alemán existe el término «*populistisch*», que el autor utiliza también un par de veces, lo hemos traducido por «populista» y en alguna ocasión, cuando el contexto lo exigía, por «patrio», «popular» o «racista».

de cuento de hadas. Y pronto el diario *Berliner Illustrirte* empezará con el adelanto por entregas de su narración *Una historia de amor*, que se publicará como libro inmediatamente después. Las cosas le van de maravilla. No hay muchos escritores que mediada la treintena arrastren al público como él.

Asomado a la terraza de su ático Zuckmayer ve las luces de Berlín: desde la Torre de la Radio hasta la cúpula de la catedral. La vivienda, que ha comprado junto con su casa cerca de Salzburgo con los derechos de autor de *La viña alegre*, es su segunda residencia. Resulta manejable: un cuarto de trabajo, dos dormitorios minúsculos, una habitación para niños, una cocina, un baño. Nada más, pero le gusta mucho. Y, sobre todo, la vista sobre los tejados de la ciudad. Se la compró a Otto Firlé, el arquitecto y diseñador gráfico, autor, entre otras imágenes, de la grulla en vuelo que es el logotipo de Lufthansa. Con el tiempo, Firlé ha progresado hasta convertirse en el arquitecto preferido de los adinerados burgueses de clase alta y culta de Berlín y ya no construye áticos, sino que proyecta villas en serie. Dentro de dos años, en el Darß, a orillas del mar Báltico, Firlé construirá —aunque eso, como es natural, Zuckmayer no puede saberlo esta noche— una casa de campo para un ministro que se ha hecho con dinero y poder llamado Hermann Göring.

El último sábado de enero es el día del Baile de la Prensa. Una tradición en Berlín desde hace años. A Zuckmayer las invitaciones de honor se las ha enviado su editorial, Ullstein. Su mujer, Alice, ha emprendido de inmediato la búsqueda de un nuevo vestido de noche. Este año la madre de Zuckmayer ha venido de visita desde Maguncia para pasar una semana. También ella lleva hoy un vestido nuevo. Se lo ha regalado él por Nochebuena. Gris plateado con aplicaciones de encaje. Es su primer gran baile en Berlín. Y él percibe su emoción.

Pero antes quieren ir a un buen restaurante. La velada será larga. Es mejor no empezar una noche de baile como ésta demasiado pronto y de ninguna manera hay que hacerlo con el estómago vacío.

Klaus Mann ha elegido un caballo perdedor en sus planes para esta velada: una fiesta de disfraces en casa de una tal señora Ruben, en el Westend, muy normal y horrible. Se siente fuera de lugar.

Está en Berlín desde hace tres días y se aloja en la pensión Fasaneneck. En el cabaret Katakombe de Werner Finck conoció a su hermana, Moni, quien le lio con esta invitación para ir a casa de la señora Ruben. El programa de Finck le pareció flojo, sin gracia, aunque por lo menos volvió a ver sobre el escenario a Kadidja, la tímida de las dos hermanas Wedekind. Le gusta. Es casi como una excuñada para él.

En los últimos tiempos Klaus Mann ha visitado más a menudo los cabarets por motivos profesionales. Después de todo, él mismo participa en uno en Múnich, el Pfeffermühle⁴, fundado por su hermana Erika junto con Therese Giehse y Magnus Henning. Él escribe cuplés y escenas cómicas con su hermana. Erika, Therese y otras dos personas actúan en el escenario. Magnus se encarga de la música. A Klaus le podría haber venido bien algo de inspiración para escribir nuevos textos, pero los números del Katakombe no le valieron para nada. Y cuando los actores de Finck empezaron a tomarle el pelo desde el escenario con ocurrencias fuera del guion y chistecitos improvisados, la cosa le pareció demasiado necia y se marchó antes de que acabara la función.

Con la fiesta de disfraces de la señora Ruben también corta por lo sano. En lugar de seguir aburriéndose, se marcha muy pronto, aunque sabe lo impertinente que resulta. Una velada fallida... Así que mejor regresa a la pensión, donde para terminar la noche se regala con una dosis de morfina. Y, por cierto, de las generosas.

4. Legendario conjunto de cabaret político que presentó su primer programa en el Bonbonnière de Múnich, cerca de la Hofbräuhaus, el 1 de enero de 1933. El nombre de «Kabarett» se aplica tanto a la compañía artística como al local en el que actúa.

En el Teatro Reichshallen de Erfurt se estrena hoy la pieza didáctica de Brecht titulada *La medida*, con música de Hanns Eisler. Pero la policía interrumpe la función de la Comunidad de Lucha de los Obreros Cantantes, alegando que la obra es «una representación comunista-revolucionaria de la lucha de clases para la puesta en marcha de la revolución universal».

Cuando Carl Zuckmayer llega con Alice y su madre a los salones del Zoo, a primera vista nada ha cambiado con respecto a los años anteriores. Se esperan más de 5.000 asistentes, de los cuales 1.500 son invitados con entradas de honor, como él. Los demás son los curiosos, que pagan precios desmesurados para, por una noche, mezclarse con las personalidades del país.

En el vestíbulo, los que llegan pasan junto a dos lujosos automóviles, un Adler Trumpf descapotable y un DKW Meisterklasse, ambos pulidos hasta alcanzar un brillo intenso, los premios gordos del sorteo del Fondo de Bienestar Social de la Asociación de la Prensa de Berlín. Justo después de la entrada la corriente humana se divide. Desde los distintos salones y pasillos se escuchan tangos, valeses y *boogie-woogies*. Zuckmayer dirige a sus dos damas hacia el vals. Se ha tenido en cuenta casi cada preferencia gastronómica. Hay bares con atmósfera de club, acogedoras cafeterías y barras de cerveza o salas laterales más pequeñas y tranquilas, en las que tocan músicos solistas.

El más lujosamente decorado es el gran Salón de Mármol, de dos pisos de altura. Hay flores frescas por todas partes y magníficas alfombras persas antiguas colgando de las balaustradas. Sobre la pista de baile, delante del escenario con la orquesta, giran las parejas. Desde arriba, desde la galería, se puede observar cómo el desfile de los asistentes avanza entre los palcos laterales de la sala y las largas filas de mesas en el centro.

Las damas más elegantes llevan este año colores vivos. No se puede pasar por alto. Y el último grito lo constituye al parecer el

largo vestido de noche con un pequeño escote delantero, pero un pronunciado corte en la espalda hasta la cintura o incluso más allá.

Zuckmayer se sale de la corriente de invitados en cuanto alcanzan el palco de Ullstein, donde el ambiente está más aireado, menos concurrido, y los camareros enseguida les consiguen a él y a sus acompañantes una mesa, vasos y bebidas. «Beban, beban», les saluda uno de los directores de la editorial. «Quién sabe cuándo volverán a beber champán en un palco de Ullstein». Así expresa lo que todos más o menos sienten, aunque nadie lo quiera admitir de modo tan abierto.

Hacia el mediodía ha dimitido el gabinete de Kurt von Schleicher, canciller sólo desde principios de diciembre. Un mandato de una brevedad ridícula, de ni siquiera dos meses, que no ha aportado al país literalmente nada más que nuevas intrigas de poder. Un tiempo perdido durante una de las peores crisis económicas. Después, por la noche, llegó la noticia de que Paul Hindenburg, el presidente del Reich, ha encargado al predecesor de Schleicher, Franz von Papen, que forme un nuevo Gobierno. La confusión de los políticos resulta palpable. Papen es miembro del Partido de Centro, pero no dispone de una base de poder digna de mención en el Parlamento. Al igual que Schleicher, ha obtenido el cargo por obra y gracia de Hindenburg y por un decreto de emergencia, después de que los partidos no pudieran ya alcanzar una mayoría frente a los extremistas del Partido Comunista Alemán y del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán⁵. Pero el arrogante y políticamente despistado Papen es más capaz de dar un golpe de Estado que de reconducir la República a unas condiciones democráticas hasta cierto punto estables.

El verano pasado depuso al Gobierno prusiano, amparándose sólo en un decreto de emergencia. Desde entonces el mayor estado del Imperio lo administran gabinetes provisionales que

5. KPD (Partido Comunista Alemán) y NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). A partir de ahora y respectivamente, Partido Comunista y Partido Nacionalsocialista, excepto cuando sea oportuno mantener el nombre completo para mayor claridad o se trate de una cita literal.

dependen del Gobierno imperial. Eso ya fue una especie de *Putsch*, el llamado «golpe de Estado de Prusia», que socavó los cimientos federales del Reich, con el resultado de que ahora, tras la dimisión de Schleicher, también Prusia se encuentra sin dirección.

El palco del Gobierno en el Salón de Mármol se encuentra justo al lado del de Ullstein. Desde su asiento Zuckmayer puede mirar cómodamente hacia allá. Está casi desierto. Los camareeros merodean ociosos entre los confortables sillones vacíos. Las botellas de champán sin abrir sobresalen de las cubiteras. Estos últimos años los ministros o secretarios de Estado se reunían aquí para, como por casualidad, entablar conversación con editores y columnistas y explicarles el mundo desde su punto de vista. Pero ahora está claro que nadie parece sentirse en condiciones de poder tratar ni unos asuntos públicos tan distendidos como éstos.

Queda el placer de buscar con la vista rostros de personajes destacados entre la multitud. La silueta alta y ascética de Wilhelm Furtwängler, director de la Orquesta Filarmónica de Berlín, es fácil de distinguir. Lo mismo Arnold Schönberg, de aspecto severo y mirada siempre un tanto melancólica, quien, en medio del tumulto de la fiesta, da en todo momento la sensación de estar curiosamente fuera de lugar. Gustaf Gründgens y Werner Krauß, por lo visto, han venido directamente nada más terminar su actuación en el Teatro de Berlín en la plaza Gendarmenmarkt, donde estos días salen a escena como Mefisto y Fausto. También se aprecia el cráneo pelado de Max von Schillings, un compositor del que desde hacía tiempo no se escuchaba nada nuevo y que ahora desempeña el cargo de presidente de la Academia de las Artes de Prusia.

Un fotógrafo irrumpe y pide a Zuckmayer que salga un momento del palco para hacer una foto de grupo con un equipo singularmente heterogéneo: dos jóvenes actrices, además de la diva de la ópera Mafalda Salvatini y el profesor Bonn, un hombre de negocios y asesor del Gobierno que, como rector de la Escuela Superior de Comercio, lleva en el pecho la cadena de oro de su cargo con un medallón bastante absurdo.

Josef von Sternberg, director de *El ángel azul*, surge un instante entre la multitud. Como corresponde, rodeado de jovencísimas estrellas de cine rubias. Marlene Dietrich se ha quedado en Hollywood. Zuckmayer colaboró en su momento en el guion de *El ángel azul* y fue entonces cuando conoció a Heinrich Mann, autor de *El profesor Unrat*, la novela en la que se basa la película. Le gusta el viejo y envarado muchacho. Y admira su libro. Aunque, a su modo de ver, Mann hizo el ridículo al intentar imponer a su entonces amante Trude Hesterberg para el papel principal, en lugar de Marlene Dietrich. Con su caligrafía excesivamente formal escribía cartitas a los productores que revelaban más sobre su chaladura por la Hesterberg que acerca de las cualidades de ella como actriz.

De vuelta en el palco de Ullstein, Zuckmayer se topa con un hombre robusto y vivaracho. Es Ernst Udet. Con su acompañante, Ehmi Bessel. Udet y Zuckmayer están entusiasmados. Se conocen desde la guerra. Por entonces a Zuckmayer a menudo le enviaban como observador a primera línea del frente. O reparaba líneas telefónicas rotas bajo la artillería enemiga. Es un hombre con nervios de acero. Pero con Udet no se atrevería a compararse jamás. Udet es un piloto de caza con el porte de un torero. Elegante, presuntuoso, despreocupado. Una mezcla de granuja y matón. Cuando se encontraron por primera vez, Udet, a los 22 años, ya se había convertido en el jefe de una escuadrilla de pilotos y los generales le llenaban de condecoraciones como a un animal de sacrificio al que se adorna con flores. Disparaba a sus adversarios en los combates aéreos hombre a hombre. Un caballero moderno, que cabalga hacia la justa, ávido de adrenalina. Al terminar la guerra había derribado sesenta y dos aviones. Sólo un aviador alemán había tenido más éxito que él en aquella mortal empresa: su comandante Manfred von Richthofen, el «Barón Rojo». Pero murió un par de meses antes del final de la guerra a consecuencia de una de las balas que le dispararon desde tierra y fue sustituido por un comandante llamado Hermann Göring, el cual, aunque no era un piloto con tanto talento, tenía el don de establecer las relaciones políticas adecuadas.